

CARTA VOCACIONAL

Agosto 2007

En este mes quiero invitarlas a meditar con P Alberione sobre la lectura del joven rico. Las comprometo a tomarse un tiempo este mes para leer y meditar este texto, siempre nuevo, con perspectiva vocacional:

Mt 19, 27-30

Mc 10, 28-31

Lc 8,28-30

“1-El joven rico estaba preocupado de la eternidad y pregunta: ¿Qué debo hacer para salvarme?

El joven se forma especialmente con la consideración del fin, es decir, meditar sobre la muerte, el juicio, el infierno, el paraíso, la resurrección final, la sentencia definitiva, la eternidad. “En todas tus acciones piensa en el desenlace y nunca pecarás” (Sir 7,36). Hay que buscar la verdadera felicidad. El fin impone la elección de los medios... Cuando todo está así determinado y constituye la osamenta y el tejido de la mentalidad, y se reza, no habrá errores esenciales, o se podrán subsanar” (P. Alberione, “Alma y cuerpo para el evangelio”, 56)

Aquí se nos hace notar lo importante que es trabajar con la joven en discernimiento y en formación acerca del sentido de la vida. Si se halla el sentido profundo de la propia existencia, se trazan los senderos hacia la meta con firmeza y a la vez amplitud de mente, siempre abierta a lo que la vida presenta a cada momento, para responder. Y donde se halla el sentido de la vida, en el paso a paso cotidiano; allí brotan los interrogantes y es allí donde hay que responderlos. ¿Cómo? Estando atentos al valor que brota de la misma realidad que se presenta. Este valor ilumina la conciencia, que con el ejercicio del discernimiento, encuentra la respuesta a la situación y toma una decisión. Al mismo tiempo que prepara la voluntad y los afectos para hacerse cargo de la respuesta. Esto significa que se asume una posición que permanece y se compromete con la vida, con los demás y con Dios, en el ejercicio de la libertad y la responsabilidad.

Podemos preguntarnos entonces:

-¿Cómo ayudamos a las jóvenes a realizar este proceso de descubrir el sentido de la vida paso a paso?

-¿Cómo iluminamos para que se descubra lo valioso que hay en cada paso?

-¿En qué medida orientamos para que la persona asuma su propia respuesta y se haga cargo de su existencia y de su vocación?

“2- Es un joven el que viene a Jesús; había superado ya la niñez. La elección de estado se hace en un período de cierta madurez ya alcanzada; el joven se asoma conscientemente a la vida. Es el período en que elegir la mejor parte es más meritorio, más tempestivo, asegura mejor éxito, y el don de Dios es pleno. No hay que estar dudosos demasiado tiempo, pero tampoco hay que precipitarse.” (P. Alberione, “Alma y cuerpo para el evangelio”, 57)

Para la toma de decisión del estado de vida, se requiere entonces una cierta madurez humana para que brote la determinación de avanzar. Tiene que haber en la joven un deseo de reconciliarse y de crecer en su relación con la vida, consigo misma, con los demás (familia, amistades, etc.) y con Dios. La reconciliación permite que la persona ponga sus bases firmes, se asiente en lo positivo de todo y se sienta segura y cómoda consigo misma. La persona disfruta de su propia compañía y la de los demás, trascendiendo los condicionamientos naturales y los límites propios y ajenos. Es necesario el paso de la confianza. Confiar en la vida, en uno mismo, en el otro y en Dios no es fácil, porque estamos constantemente inmersos en la duda, en la inseguridad. Es preciso desprenderse, soltarse y creer que es posible y es bueno confiar. No hay que confundir la confianza con la ingenuidad, más bien se acerca a la inocencia, es decir, la incapacidad de querer y hacer el mal; el inocente quiere y hace siempre el bien y esa es la fuerza de su confianza. Confía en sí mismo, sabe que nada malo puede pasar porque “todo lo permite Dios para el bien de los que ama”. El fuerte es aquel que confía y que hace el bien siempre, que trasciende los condicionamientos y que en todo encuentra una nueva oportunidad para crecer en el amor, aunque sea doloroso el proceso.

Podemos entonces preguntarnos:

-¿Cómo vivimos nuestro propio proceso de madurez humana?

-¿Esta se puede alcanzar completamente? o ¿se trata de metas a corto plazo en un proceso más amplio que lleva toda la vida?

-¿Cómo podemos favorecer este proceso de maduración, reconciliación y confianza?

“3- El joven declara cándidamente que ha observado los mandamientos desde niño. Aquí está la base: primero los mandamientos, luego los consejos evangélicos. Para observar la pobreza perfecta, hay que haber observado el séptimo mandamiento; para observar la castidad, hay que haber observado el sexto mandamiento; para observar la obediencia perfecta, hay que haber observado el cuarto mandamiento; para vivir la vida común y practicar el apostolado, hay que haber observado el quinto mandamiento, también la parte positiva.” (P. Alberione, “Alma y cuerpo para el evangelio”, 57)

Sobre la base humana se asienta y complementa la base cristiana. La vocación religiosa es una respuesta de fe, sin ella no encuentra asidero y termina por sucumbir. Por eso la joven tiene que encontrar en su experiencia de discernimiento y de formación las oportunidades para fortalecerse en la fe y en los valores cristianos. ¿Dónde encontraremos el modelo, la orientación? ¿En la vida familiar que hemos tenido? ¿En los maestros espirituales de nuestra vida? ¿En las lecturas espirituales? Sin duda todos estos son instrumentos que ayudan en las distintas etapas de la vida a crecer, a tener un punto de apoyo. Pero el modelo, la orientación que tenemos que presentar en la vida religiosa es el “Evangelio” y es la persona de Jesucristo.

Nos preguntamos:

-¿Cómo podemos favorecer la experiencia de fe y de encuentro personal con Jesús?

-¿Qué modelos ponemos al alcance de quienes están en discernimiento y en formación?

-¿Cómo ayudamos a asumir los valores cristianos y a continuar creciendo en el compromiso con ellos?

Las invito a compartir las respuestas en comunidad. Continuaremos con la meditación el próximo mes.